



EXILIO Y FILOSOFIA

Adolfo SANCHEZ VAZQUEZ

Vamos a ocuparnos, en nuestra exposición, de los filósofos españoles que, a consecuencia de la Guerra Civil (1936-1939), y ante la imposibilidad física e intelectual de continuar su obra en su patria, donde sólo les espera la persecución o la muerte, se acogen a la hospitalidad que les brinda América Latina, y muy especialmente México con el generoso ofrecimiento de asilo de su presidente, el general Lázaro Cárdenas.

1.

Del nutrido contingente de exiliados que llega a estas tierras forma parte lo mejor de la universidad española, figuras eminentes en el campo de la ciencia, la literatura y las artes y, con ellas, un variado conjunto en el que se integran profesionales de muchas ramas y sencillos trabajadores de la ciudad y del campo. Puede decirse por ello que el exilio español, tanto por su diversidad profesional y regional, como ideológica y política, refleja la composición del pueblo entero que, durante casi tres años, había luchado con las armas en la mano contra el fascismo.

Entre los exiliados que llegan a México se cuenta un destacado grupo de filósofos que, desde el primer momento, reanuda la obra bru-

talmente interrumpida por la guerra. En México se encuentran José Gaos, Joaquín Xirau, Juan David García Bacca, María Zambrano, José Gallegos Rocafull, Eugenio Imaz, Jaime Serra Hunter, Eduardo Nicol y Luis Recaséns Siches. Y entre los jóvenes de entonces que van a realizar toda su obra fuera de su patria, Ramón Xirau y el que os habla.

Independientemente del mayor o menor peso de sus convicciones políticas, todos se consideran republicanos, antifranquistas, aunque no puede decirse por ello que hayan tenido en España una actividad, y menos aún una militancia, propiamente políticas. Todos, sin embargo, se ven forzados por razones políticas, aunque también morales, a dejar su tierra y a renunciar por lo pronto —un «pronto» que habrá de durar décadas— a volver a ella. «Destierro» es el término con el que se designa la terrible experiencia de haberse quedado sin tierra; más exactamente, sin la propia. José Gaos, ya en su nueva tierra, habría de acuñar un término que, en los medios intelectuales latinoamericanos, ha gozado —hasta hoy— de buena fortuna. Se trata del término «transterrado», más adecuado —a juicio mío— que el de «desterrado», si se toma en cuenta la experiencia peculiar del exilio del español en América Latina. Gaos distingue el significado de uno y otro, ya que si «desterrado» tiene que ver con la «patria de origen» que se pierde, «transterrado» alude a la «patria de destino» que se encuentra o se gana.

Pero, dejando a un lado esta cuestión, que no es sólo de palabras, de si el exilio es propiamente destierro o simple transtierro —cuestión sobre la que volveremos más adelante—, el hecho es que un grupo de filósofos exiliados desarrolla en México una vasta y fecunda labor cuyos frutos no van a parar —al menos durante largos años— a su patria, sino a América Latina. Digamos, entre paréntesis, con relación a este último punto, que la España actual —que algo tiene que ver con el exilio—, no ha realizado todavía los esfuerzos necesarios para comprender y valorar en su justa dimensión la obra de estos españoles que se vieron forzados, durante cuatro décadas, a estar ausentes de su patria.

Ahora bien, ¿cuál ha sido la aportación de estos filósofos, particularmente los del grupo que llega a México? Antes de responder, hay que delinear, aunque sea a grandes trazos, tanto la situación filosófica de la que provienen en España, como la que encuentran al llegar al país que los acoge.

2.

Cuando los exiliados pisan tierra mexicana, se vive —en claro contraste con toda América Latina— el final de un período de radicalismo político y social, impulsado por el general Cárdenas. Sin embargo,

aunque su política educativa y social contaba con el apoyo de amplios sectores populares y de las capas más politizadas de la intelectualidad, particularmente los maestros y artistas de la época, no contaba con el mismo respaldo en la Universidad Nacional ni tenía repercusiones en la filosofía que se cultivaba en ella. La famosa polémica entre Antonio Caso, el filósofo mexicano más eminente después de la Revolución, de clara orientación antipositivista y espiritualista, y Vicente Lombardo Toledano, fundador y dirigente de la poderosa organización obrera, la CTM, y exponente máximo del marxismo científico y positivista de la época, se saldó en la Universidad con la hegemonía de las corrientes ideológicas no sólo opuestas al marxismo, sino también hostiles al nacionalismo revolucionario del partido en el poder. En esa situación, no sólo se hace presente la filosofía de Caso, que sólo mira el pensamiento idealista europeo, sino también la de José Vasconcelos que, sin dejar de ser idealista, se orienta hacia un pensamiento latinoamericano propio. En una dirección análoga, pero desde posiciones historicistas orteguianas, Samuel Ramos procura enraizar la filosofía en su circunstancia y, por esta vía, produce una obra capital en la filosofía de América Latina: *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). Pero, con Caso, Vasconcelos y Ramos, no se agotan los tipos de filosofar que se daban en México en los años inmediatamente anteriores a la llegada de los filósofos españoles. Había otros contactos con las filosofías europeas dominantes por entonces que se traducen en la consiguiente difusión en estas tierras. Así sucede con las de Nicolai Hartmann a través de Eduardo García Máynez y la de Heidegger por conducto de Adalberto García de Mendoza y, por supuesto, con la de Ortega y Gasset, como lo prueba la obra antes citada de Samuel Ramos. También había contactos con una filosofía, ya un tanto anacrónica en Europa, como el neokantismo, en sus dos versiones de Natorp y Windelband, que tenían respectivamente entre sus adeptos más entusiastas a Guillermo Héctor Rodríguez y Francisco Larroyo. Ciertamente, dado el carácter limitado de esas diversas relaciones, la escasez de revistas y publicaciones en este campo y la reducción de su influencia a un medio académico ya de por sí restringido, se trataba de una vida filosófica modesta. A las características mencionadas hay que agregar, sobre todo después de la polémica Caso-Lombardo, la de su alejamiento de los grandes problemas nacionales y sociales y, por tanto, su despreocupación por la elaboración de un pensamiento latinoamericano propio.

3.

Los filósofos españoles que llegan a México en 1939 —algunos como Gaos ya estaban allí un año antes— procedían de las universidades de Madrid y Barcelona que, beneficiándose del ambiente favorable creado por la política cultural de la República, habían dado un vigoroso impulso a los estudios filosóficos. Dominaba en ellas, y

sobre todo en la Universidad Central de Madrid, la influencia de Ortega y Gasset y de la filosofía alemana cuya difusión propiciaban la *Revista de Occidente* y las publicaciones asociadas a ella. La llamada Escuela de Barcelona, aunque compartía con la de Madrid la predilección por la filosofía alemana de la época, mostraba cierto rechazo de determinados aspectos del pensamiento orteguiano: su elitismo, su vocación autoritaria y, en un punto muy sensible a los sentimientos catalanistas, su centralismo en la cuestión nacional. Sin embargo, los filósofos catalanes coincidían con sus colegas de Madrid, no sólo en su adhesión a la filosofía idealista alemana de los 30, sino también en su impermeabilidad al marxismo. En cuanto a su relación con América Latina, se hallaban tan distantes de su realidad y su historia como los filósofos de la llamada Escuela de Madrid. Para unos y otros, lo que existía ante todo era Europa, y europeizarse o no era el problema que les inquietaba desde hacía ya años. América Latina, para ellos, estaba aún por descubrir.

Veamos ahora la situación de los filósofos exiliados ya en México. De la Universidad de Madrid proceden José Gaos, María Zambrano, José Gallegos Rocafull y Luis Recaséns Siches; de Barcelona, Joaquín Xirau, Jaime Serra Hunter, Juan David García Bacca y Eduardo Nicol. Al continente americano, pero no a México, llegan José Ferrater Mora, que desarrolla sobre todo en Estados Unidos una importante obra, y dos filósofos, menos destacados, Domingo Casanovas y Manuel Granell, que se instalan en Venezuela.

4.

No obstante sus diferencias de formación y orientación, los filósofos exiliados muestran una serie de rasgos comunes y entre ellos los siguientes:

1) Todos ellos se han formado en contacto con las filosofías idealistas que dominan en Europa en los años 20 y 30: fenomenología de Husserl, axiología de Max Scheler, historicismo de Dilthey y ontología existencial de Heidegger. Ese contacto lo han tenido directamente en las universidades alemanas, o bien a través del trato con sus obras en su lengua original o de las traducciones publicadas por la *Revista de Occidente*. En contraste con ese contacto —directo o indirecto— con esas filosofías europeas, está su falta de relación con otras que, por esos años, también se hacen presentes en Europa, como el neopositivismo y la filosofía de la ciencia del Círculo de Viena, y el marxismo, ya fuera éste el ortodoxo soviético o el heterodoxo que después se llamaría «marxismo occidental», representado por Lukács, Korsch, Marcuse, Horkheimer y Bloch. Puede comprenderse esta falta de relación con el marxismo, entre otras razones, por su ausencia casi total, en una u otra interpretación, de las universidades europeas. No

hay testimonios de que los filósofos españoles, antes de su exilio, se hubieran interesado por el pensamiento marxista. Y cuando hubo cierto interés por él, en el caso excepcional de Gaos, que escribió una serie de notas, hasta ahora inéditas, sobre los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* del joven Marx y que conoció y apreció *Historia y conciencia de clase* de Lukács, ese interés no lo manifestó públicamente. Sin embargo, en la España de la preguerra, Wenceslao Roces publicaba sus primeras traducciones de Marx, y el marxismo no sólo marcaba con su huella ciertas publicaciones periódicas, como la revista *Leviatán*, de Araquistain, sino que impregnaba la ideología y la práctica de algunas formaciones políticas (Partido Comunista y ala izquierda del PSOE) e influía en los sectores radicales del movimiento obrero. La situación cambió un tanto en el exilio por la atención que se presta —más a Marx que al marxismo— en varios textos de Gaos, en los trabajos de García Bacca y en las frecuentes ocasiones en que Nicol lo tiene, en sus obras, como un interlocutor explícito o implícito. Algo semejante a la falta de relación con el marxismo sucede entre los filósofos españoles con respecto a la filosofía de la ciencia, con la excepción del primer García Bacca. Hay que tener presente también aquí que la filosofía moderna de la ciencia en la Europa de los 30 —salvo el Círculo de Viena hasta la anexión de Austria por los nazis— apenas si se hacía presente en las universidades europeas y, por supuesto, en las españolas. Todo esto contribuye a explicar que el bagaje de los filósofos españoles en el exilio se llenara sobre todo con la fenomenología, la antropología filosófica, el historicismo o la filosofía existencial, y que en él no encontraran espacio el marxismo o la filosofía de las ciencias, pese a que intentaban responder, respectivamente, a las grandes conmociones sociales y científicas de su tiempo.

2) En la formación de los filósofos exiliados es clara la influencia de Ortega y Gasset que, en los años de la República, dominaba la escena de la cultura española, y no sólo la filosófica. Esta influencia es patente en Gaos, María Zambrano y Recaséns Siches y es más débil en Gallegos Rocafull, García Bacca, Xirau y Nicol, aunque ninguno se libra de ella totalmente. Ya en México, el más allegado a él, José Gaos, se alejará de Ortega por razones fundamentalmente políticas, en tanto que Nicol lo someterá a una aguda crítica filosófica.

3) La atracción por la filosofía alemana contemporánea y la pleitesía que, en mayor o menor grado, rinden a Ortega, hace que los filósofos exiliados y los mexicanos encuentren un lenguaje común, aunque Gaos tuvo que hacer frente a las duras críticas de algunos colegas de México, como el neokantiano Larroyo o el tomista Sánchez Villaseñor.

4) Rasgos comunes a los filósofos exiliados son: a) su repugnancia por la ideología católico-falangista del franquismo; b) su adhesión al liberalismo democrático burgués que había encarnado la Segunda Re-

pública y c) su asunción de los ideales educativos y morales de la Institución Libre de Enseñanza. Sin embargo, su adhesión a la República, antes y después de su derrota militar, no se tradujo en ellos en una actividad política directa. Esta despolitización se acentuó aún más en el exilio, no obstante que éste, en sus primeros años, se había convertido en el centro de la política española de signo republicano.

5) Rasgo propio de los filósofos exiliados es la dedicación, responsabilidad y profesionalismo con que se entregan a la enseñanza, difusión e investigación, sin que las dificultades materiales que hubieron de arrostrar —que eran las mismas de sus colegas mexicanos—, los llevaran a flaquear o desertar de ellas. Gaos, por ejemplo, tuvo que atender, durante años, a seis o siete horas diarias de clase en centros dispersos en una enorme ciudad, conjugando esta agotadora labor docente con su infatigable trabajo como traductor e investigador. Y todo ello sin hacer concesiones en cuanto a su rigor en el plano teórico.

5.

La aportación de los exiliados españoles —y dentro de ella la de los filósofos—, no corresponde en verdad hacerla a ellos, sino a los propios latinoamericanos. Por lo que toca a México, esa aportación ha sido reconocida una y otra vez, tanto en el terreno de la filosofía como en diferentes aspectos de la vida nacional y, en particular, en su cultura. Baste citar, a título de ejemplo, el excelente volumen colectivo *El exilio español en México*. Con base en este y otros estudios, entre ellos los de José Luis Abellán, pionero en este campo, destaquemos, aunque de forma muy esquemática, la aportación de los exiliados españoles en el terreno de la filosofía y en diferentes facetas de su actividad.

Veamos, en primer lugar, la docencia. Con la excepción de Eugenio Imaz, que nunca profesó, los filósofos exiliados ocuparon cátedras en la Universidad Nacional Autónoma de México. Unos, por largos años, como Gaos, Recaséns y Nicol, y otros, como Joaquín Xirau, María Zambrano y García Bacca, por poco tiempo. En su actividad docente destacan los cursos y seminarios que dieron sobre Aristóteles, Hegel, Heidegger y otros filósofos contemporáneos. Los cursos y conferencias de Xirau, Gaos, Nicol y García Bacca se caracterizaban por el manejo riguroso en ellos de los textos en su lengua original, y atraían a los estudiosos no sólo por ese rigor, sino también por la brillantez y originalidad de su exposición. Puede decirse que los filósofos exiliados, en general, dejaron una profunda huella en la enseñanza de la filosofía en México.

En el terreno de sus aportaciones hay que destacar también su callada y fecunda labor como traductores, que permitió no sólo estudiar

la filosofía en sus textos, sino también ampliar considerablemente el acceso a ella, más allá del recinto académico. Los filósofos exiliados pusieron a la disposición de sus discípulos, y del público culto en general, una verdadera biblioteca filosófica, que comprendía desde los griegos —presocráticos, Platón y Aristóteles, traducidos de un modo muy original y polémico por García Bacca— hasta los modernos y contemporáneos: Kant, Hegel, Husserl, Hartmann, Cassirer, Dilthey y Heidegger, que pudieron leerse en español gracias a la infatigable labor de Gaos, Imaz y Nicol. Y a este esfuerzo hay que agregar el extraordinario —por su cantidad y calidad— de Wenceslao Roces, que se hizo cargo de un vasto espacio filosófico, cubierto entre otros por Hegel, Marx, Lukács y Bloch. Los filósofos exiliados no se arredraron ante los textos más herméticos y pedregosos —como los de Hegel y Heidegger— y no sólo vertieron al español gran número de obras, sino que realizaron esta labor tan ingrata, siempre poco reconocida y mal remunerada, al más alto nivel de calidad.

Merece destacarse también la aportación de estos filósofos, junto con otros intelectuales del exilio, en instituciones superiores que contribuyeron a fundar y mantener, como la Casa de España, convertida después en El Colegio de México, en editoriales como el Fondo de Cultura Económica y, por último, en publicaciones como *España Peregrina*, *Romance*, *Las Españas*, *Filosofía y Letras*, *El hijo Pródigo*, *Cuadernos Americanos*, suplementos culturales de *El Nacional* y *Novedades*, etcétera, que animaron con su participación en los respectivos consejos de redacción o bien con sus colaboraciones.

Finalmente, puede considerarse que la aportación más importante de los filósofos exiliados es su obra propia, con la que pretendían enriquecer la concepción filosófica que cada uno había abrazado. En la imposibilidad de citar y, menos aún, analizar sus frutos, que pasan de un centenar de textos, nos limitaremos a trazar la línea filosófica fundamental de cada autor, y a dejar constancia de la existencia de alguna o algunas obras más representativas.

6.

Empecemos por José Gaos. En los 33 años que vive en México produce una vasta obra en la que, partiendo de tesis básicas orteguianas, llega a una concepción subjetivista y escéptica que él llama «filosofía de la filosofía», en la que ésta queda convertida en «confesión personal», despojada de toda trascendencia metafísica o religiosa. Después de su muerte, se ha publicado su obra tal vez más importante: *Del hombre*, en la que expone con espíritu sistemático su antropología filosófica. Desde el punto de vista del filosofar latinoamericano hay que destacar, entre los más altos logros de la actividad filosófica de Gaos, el vigoroso impulso que imprime a la historia de las

ideas en América Latina y, particularmente, en México. Su contribución en este campo es excepcional en tres sentidos: 1) por sus reflexiones sobre el pensamiento latinoamericano; 2) por su enfoque metodológico que se revela fecundo al rechazar el inmanentismo en la historia de las ideas, pues, como él dice: «No hay propiamente 'historia' de las ideas abstractas» (lo que recuerda no sólo a Ortega, sino, mucho antes, al Marx de *La ideología alemana*), y 3) por el acierto con que dirigió e inspiró el Seminario, fundado por él, para estudiar la historia del pensamiento latinoamericano y, especialmente, el mexicano. De ese Seminario salió una obra maestra, ya clásica en este campo, *El positivismo en México*, de Leopoldo Zea. Y salieron también otros estudios importantes como *La introducción de la filosofía moderna en México*, de Bernabé Navarro; *Los grandes momentos del indigenismo en México*, de Luis Villoro; *Los orígenes de la conciencia liberal en México*, de Francisco López Cámara, y otros no menos valiosos. Como vemos, la historia de las ideas en América Latina y, especialmente, en México, no podrían escribirse hoy sin la siembra de Gaos y su fecunda cosecha.

A diferencia de Gaos, María Zambrano vive en México pocos años de su largo exilio. Apenas llegada a estas tierras, ejerce la docencia en la Universidad Michoacana, de donde se traslada a Cuba. Aunque su estancia es relativamente corta en América Latina, aquí es donde produce y publica durante décadas la mayor parte de sus obras, entre las que destacan: *Pensamiento y poesía en la vida española*, *Filosofía y poesía*, *Hacia un saber del alma* y *El hombre y lo divino*. A lo largo de ellas aplica el método de raigambre intuicionista que llama «la razón poética».

Joaquín Xirau vivió un breve exilio ya que murió trágicamente en la ciudad de México en 1946. Ejerció brillantemente la docencia universitaria y publicó una obra de gran aliento que puede considerarse básica dentro de su filosofía platónica cristiana: *Amor y mundo* (1940). En ella pone de manifiesto el papel central del amor en la cultura y la vida humana. Respondiendo a sus afinidades filosóficas se ocupó también de sendos trabajos de Bergson, Manuel B. Cossío y Ramón Lull. Publicó, asimismo, en 1942, *Lo fugaz y lo eterno*.

Juan David García Bacca es tal vez la figura más eminente y más fecunda de la filosofía española en el exilio. Aunque en México y el Ecuador desarrolla su labor filosófica en sus primeros años de exiliado, es en Venezuela donde produce la mayor parte de su obra. Antes de la Guerra Civil, se había interesado por la lógica y la filosofía de la ciencia, pero ya en América sus intereses filosóficos se orientan en dirección de una antropología filosófica y metafísica, muy peculiares y estrechamente ligadas entre sí. En el mundo artificial creado por el hombre, como ser que trabaja y organiza, está la clave para explicar tanto su propio ser como la metafísica que García Bacca llama «na-

tural» y «espontánea». Es innegable su aproximación no ortodoxa, en los últimos años, a la filosofía de Marx, que él sitúa entre las que llama «filosofías de la transformación del universo». García Bacca deja una vasta y diversa producción en la que se conjugan el rigor teórico, la exposición original y un gran dominio del idioma en que escribe. Con estas armas, se ha acercado también a la literatura española y ha extraído de ella un rico y sorprendente jugo filosófico. Entre sus numerosas obras cabe destacar: *Humanismo teórico y positivo según Marx*, *Metafísica natural estabilizada y problemática metafísica espontánea*, *Curso sistemático de filosofía actual*, *Invitación a filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado* y *Lecciones de historia de la filosofía*.

Otro filósofo español que deja una vasta obra en México es el canónigo José María Gallegos Rocafull, quien por sus convicciones republicanas se vio suspendido, durante largos años, en su ministerio religioso. Desde un cristianismo abierto se interesa por la crisis de Occidente, y busca solución en un nuevo humanismo integral. Desde el punto de vista de la historia de las ideas en América Latina, hay que destacar su libro *El pensamiento mexicano en los siglos XVI y XVII* (1951), en el que no sólo expone las corrientes filosóficas de la época de la Colonia, sino también los graves problemas y polémicas que la Conquista y la colonización desataron en el terreno antropológico y jurídico.

Una obra propia de diferente signo, alcance y magnitud deja también Jaime Serra Hunter, que muere a los pocos años de haber llegado a México y de quien, póstumamente, se publica *El pensamiento y la vida*; Eugenio Imaz, prologuista y traductor excelente de Dilthey y autor de una serie de incisivos ensayos que se recogen después de su prematura muerte en *Luz en la caverna* (1951) y Luis Recaséns Siches, que aplica el raciovitalismo de Ortega a la filosofía del derecho. En la generación más joven, a la que yo pertenezco, destaca Ramón Xirau quien, desde una perspectiva cristiana, integra armónicamente en su obra la creación poética y la reflexión filosófica. En las alteraciones de los valores, producto de la inversión de las relaciones hombre-Dios, Xirau ve la explicación filosófica de la crisis contemporánea (*El desarrollo y la crisis de la filosofía occidental*).

7.

Visto en su conjunto, y a vuelo de pájaro, el capítulo que en el filosofar latinoamericano representa la presencia de los filósofos españoles exiliados, advertimos, en primer lugar, su empeño en relacionarlo con las corrientes dominantes en la filosofía europea, aunque hay que subrayar la ventana que en él abre Gaos a lo propio. Advertimos también, en segundo lugar, su fructífera labor docente y, más

allá de ella, su impulso a la difusión de la filosofía con sus traducciones e intervenciones públicas (conferencias, congresos, etc.). Hay que destacar, en tercer lugar, una obra propia que por el volumen y calidad de gran parte de ella constituye una valiosa contribución al acervo de la filosofía en lengua española, así como el enriquecimiento —con sus traducciones— del lenguaje filosófico español. En cuarto lugar, debe subrayarse que, sin tener originariamente una militancia política, y sin intervenir directamente en la política nacional del país que les brinda asilo, fueron un ejemplo de libertad en su quehacer intelectual, lo que ejerció una influencia ideológico-política positiva en los medios universitarios. En este aspecto, tengo en mente, sobre todo, los años 40, en los que aún no se apagaba el eco de la polémica Caso-Lombardo y en los que la Universidad Nacional de México se inclinaba a la derecha, en tanto que en la izquierda dominaban posiciones socialistas, asumidas en general en forma dogmática y autoritaria. Finalmente, hay que registrar, con la senda abierta por Gaos, su contribución a la elevación de la conciencia histórica de México.

8.

Con este último punto tiene que ver una compleja y viva cuestión, en estos días, que rebasa un tanto el marco estrictamente filosófico. Se trata de la idea de América de los filósofos exiliados. No es la primera vez que me ocupo de ella, pero dada su vinculación con nuestro tema, no puedo dejar de abordarla, aunque haya de repetirme.

Es indudable que la idea que los exiliados tienen de América se halla mediada por la visión con que llegan de España y por la experiencia vital acumulada en el exilio. Ciertamente, ningún republicano podía aceptar la doctrina de la «Hispanidad», dada su oposición al régimen franquista. Con ella, se pretendía resucitar un imperialismo cultural, o un intento anacrónico de españolizar a América, conforme a la ideología tradicionalista de la «España eterna», renovada con la retórica falangista de la «voluntad de imperio», «unidad de destino en lo universal», etc. Por supuesto, los exiliados no podían ingerir la bazofia ideológica de semejante «españolización» de las antiguas colonias, aunque se la aderezara con los supremos valores espirituales y religiosos del pasado, opuestos a los materiales y científicos de la modernidad. Tampoco podían aceptar que la España que se exaltaba sólo había traído, con el Descubrimiento, la Conquista y la colonización, toda clase de venturas y bienes que derramaban, a manos llenas, entre los pueblos autóctonos del continente. Para los exiliados había otra España (no es casual que en México publicaran la revista titulada *Las Españas*), que, con un sentido espiritual, quijotesco, humanista, se distancia de la modernidad europea y proyecta sus ideales y valores en América. Y esa España que personifican Vives, Las Casas, Vasco de Quiroga, Cossío o Machado, es la que se opone en la propia América

a los desafueros del Imperio, al avasallamiento y destrucción de los indios.

Adolfo Sánchez
Vázquez

Llegan, pues, los filósofos exiliados —como Gaos, Xirau y Gallegos Rocafull—, con la idea de una España quijotesca, que proyecta en América sus valores espirituales, contraponiéndose así a la España «eterna», inquisitorial, que trata de asimilar imperialmente, con el dogma y la espada, al Nuevo Mundo. No hay, pues, una ruptura entre España y América, sino una proyección, fecundación o prolongación de la primera, por su lado humanista, espiritual, quijotesco, en la segunda. Por otra parte, lo que en la práctica de la independencia y la libertad se ha alcanzado en América desde el siglo pasado con Morelos, Bolívar o Martí, se ve precisamente como el logro de lo que, a lo largo de siglos, se ha negado a la verdadera España. De ahí la preocupación por encontrar la identidad de España (en rigor, de una de las dos Españas del poema de Antonio Machado) y de América Latina, hurgando tanto en el pasado como en el presente. Y las condiciones mismas de existencia propias del exilio vienen a alentar esa búsqueda, pues el exiliado sólo tiene ojos para lo perdido, y justamente lo perdido idealizado es lo que cree que encuentra en esta nueva tierra. De ahí que Gaos lance muy pronto el término «transterrado» para expresar la creencia de que América es *su* España. Ciertamente, no la España «eterna», imperial, sino la que con sus valores espirituales se hace presente, en plena colonización, en América con Las Casas y Vasco de Quiroga. Una España maltrecha que, en su propia tierra, se halla sojuzgada. Se comprende, por ello, que Gaos diga: «España es la última colonia de sí misma que queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente». Y que incluso Nicol, que pugnado por desmitificar la visión castellanista y esencialista de España, afirme que los españoles «para vivir aquí [en Hispanoamérica] no tienen que trasplantarse y transterrarse, porque esa tierra es suya y no pierden en ella sus raíces». En suma, lo que el exiliado encuentra en América es lo que tiene de común con España. O sea: la identidad entre lo perdido y lo encontrado, entre lo encadenado —allá— y lo liberado —aquí.

Pero lo cierto es que, al buscar lo común —sus raíces—, se pierde de vista lo diferente —otras raíces. No se ve, en verdad, que lo diferente no sólo está en lo que distingue por su liberalismo a América Latina de la España absolutista, «eterna», sino que está también en las raíces prehispánicas que los conquistadores y colonizadores trataron de extirpar, dando lugar, no obstante los generosos y utópicos correctivos humanistas de Las Casas y otros, a un verdadero genocidio. Lo que Gaos y otros filósofos exiliados encuentran en el «transtierro» es, en definitiva, lo que hay de español en América. Lo que valoran en ella es la «españolización» en su cultura, en su historia, en sus gestas, aunque ciertamente con el signo liberal, humanista, opuesto al «imperial» y premoderno de la «Hispanidad».

Pero la idea de América en el exilio no ha permanecido anclada en esa «españolización», sino que también ha contribuido a cambiar esa mentalidad hispanista, ciega para lo distinto y lo diferente. Así lo prueba, en los albores mismos del exilio, la utopía de Juan Larrea de un Mundo Nuevo cuando el Viejo se deshace en los campos de batalla de Europa. Ese Nuevo Mundo —para Larrea— no puede ser otro que América, y para crearlo se hace necesario formar las conciencias. Esta tarea se la asigna Larrea, «dada la homogeneidad de sus intereses espirituales» y su creencia «en idénticos principios de libertad» a un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, y el instrumento de ella será la revista *Cuadernos Americanos*, que se funda en 1942 con base en su propuesta utópica. Se abre paso así una idea de América que se distancia de toda empresa de «españolización» de uno u otro signo. A esta idea responde más tarde la parte de la obra de Gaos donde estudia y valora la producción filosófica de América Latina, a la vez que impulsa la conciencia histórica de ella, dando lugar a frutos tan logrados como la filosofía de Leopoldo Zea. Resulta así que el mismo «transterrado» que, al buscar la identidad de América Latina y España ve en la nueva tierra la prolongación de la perdida «patria de origen», es también quien busca lo nuevo, lo propio o distinto en esa tierra nueva o, como él la llama, «patria de destino». Así, pues, esta identidad que se conjuga dialécticamente con la diferencia, sólo puede ser la de América Latina con España que, como dice Larrea, «cree en idénticos principios de libertad».

Al abrirse a lo distinto, a lo diferente, tiene que alcanzar también las raíces profundas que, no obstante la suma de destrucciones, afloran en la realidad actual. Y a esta mentalidad han contribuido en el exilio, tanto o más que los filósofos, los poetas. Y así tenemos a Luis Cernuda, quien, en su *Variaciones sobre un tema mexicano*, reivindica al indio «como el hombre a quien los otros pueblos llaman no civilizado»; a José Moreno Villa, que busca lo diferente en los gestos, el habla o el lenguaje de los mexicanos (*Cornucopia de México*) o al poeta Juan Rejano, que escribe bellas palabras sobre la intimidad del indio a la que ve como «la existencia de una luz olvidada» (*La esfinge mestiza*). Este cambio de mentalidad lo hallamos también, en mayor o menor grado, en historiadores exiliados como José Miranda, Nicolau D'Oliver, José María Miguel y Vergés y Juan Antonio Ortega y Medina. Pero la contribución decisiva está, aunque parezca contradictorio, en el propio filósofo (Gaos), quien, superando su hispanismo de «transterrado», sienta las bases para explorar e impulsar el pensamiento latinoamericano con su perfil propio, y no como simple espejo o apéndice del pensamiento europeo, aunque esto no significa negar el mimetismo que todavía cabe encontrar en él.

Cuando nos acercamos al Quinto Centenario de la llegada de Colón a América, y cuando —con este motivo— rechazamos celebrar o festejar ese acontecimiento histórico, pues ello significaría recaer en un hispanismo blando o duro, pero hispanismo al fin, y, por el contrario, consideramos que debemos detenernos en él para comprender y valorar las raíces distintas que han dado lugar a la realidad latinoamericana, la obra de los filósofos exiliados puede contribuir a ello y, por tanto, a construir un puente efectivo —y no meramente retórico— entre España y América Latina.
